

## Bibliografía

- Camps, Victoria, *Paradojas del individualismo*, Crítica, Barcelona, 1993, cap. 3.
- De la Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Llaca, México, 1996.
- González, Juliana, *Ética y libertad*, UNAM, México, 1986. "Introducción"
- Savater, Fernando, *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona, 1991, caps. II y III.



## 2.2 LOS VALORES

Aunque la humanidad siempre se ha regido por valores, éstos no fueron tema central de la ética filosófica hasta el siglo XIX y principios del XX. Antes de esta época, la ética se preguntaba desde la antigua Grecia *cómo debe* actuar el ser humano para ser justo, valiente, prudente; reflexionaba sobre las *virtudes*. La virtud es la realización de la excelencia y para ello se requieren los valores; sin embargo, se habla de virtud cuando el centro de la atención está en el individuo que realiza el valor. En cambio, en el mundo moderno los filósofos se preguntaron por el "valor en sí", se cuestionaron si los valores tienen acaso una realidad independiente del hombre o si están siempre incorporados a sus acciones.

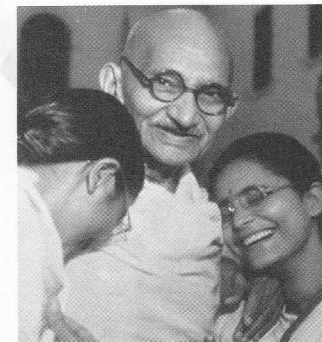
La atención que la ética moderna y contemporánea ha prestado al tema de los valores indica que éstos constituyen un fenómeno problemático. Los valores no son cosas físicas ni cualidades de las cosas, sino cualidades que percibimos con un sentido emotivo especial. Los valores están en función de nuestra capacidad para *valorar*, es decir, para preferir o estimar cualidades positivas que reconocemos en las cosas, personas o acciones.

Los filósofos tomaron conciencia de que los valores orientaban los criterios del actuar humano en todos los ámbitos. No sólo existen valores éticos (bueno-malo, prudencia-imprudencia), sino también valores económicos (valor de uso y valor de cambio) —como lo puso de manifiesto Marx—, valores epistémicos (verdad frente a falsedad), políticos (democracia frente a totalitarismo), estéticos (belleza frente a fealdad), religiosos (lo sagrado frente a lo profano), tecnológicos (eficiencia frente a la ineficiencia), e incluso, ecológicos (protección y conservación frente a destrucción y contaminación).

Esta toma de conciencia hizo que algunos filósofos como Friedrich Nietzsche, por un lado, y Max Scheler y Nicolai Hartman, por el otro, se plantearan la pregunta sobre la naturaleza de los valores: ¿a qué responden éstos?, ¿de acuerdo con qué valores?, ¿no se trata solamente de vivencias *meramente subjetivas* que responden al deseo individual o al parecer de cada sociedad?, preguntaba Nietzsche. Por lo contrario, Hartman y Scheler (creadores de la disciplina filosófica llamada *axiología*) se planteaban si pueden existir la justicia, la verdad o la belleza "en sí" con características *plenamente objetivas* e independientes de la experiencia subjetiva.

### 2.2.1 Universalidad y relatividad de los valores

Los valores no son meras invenciones de los individuos o de comunidades, pues expresan la conciencia que la humanidad ha ido formándose de lo que es preferible y conveniente. Los valores son intersubjetivos y por ello tienden a ser universales. Pero no son universales porque todo el mundo los acepte, los comprenda y los realice,



Gandhi creyó en los grandes ideales de la humanidad.  
©Bettmann/CORBIS.



### Axiología

Disciplina filosófica que estudia la naturaleza o el ser de los valores.



sino porque cada valor señala un imperativo o un deber: cualquier persona *humanizada* debe poder reconocerlos y desear su realización.<sup>2</sup> Si cierto criterio de acción vale sólo para unos cuantos o para un solo sujeto, entrará en conflicto con lo que piensan los demás y no se sostendrá como realmente valioso. Lo que *vale* va más allá de los intereses particulares y trasciende el tiempo y el espacio. Por ello, los valores que denominamos *básicos* (libertad, autonomía, igualdad, justicia, tolerancia, solidaridad, etc.) han permanecido a lo largo de toda la historia en la conciencia de la humanidad, aunque quizás expresados de distinto modo y no siempre con la misma intensidad.

Por ejemplo, para que una civilización perviva tiene que buscar la paz, de lo contrario se destruiría; asimismo, tiene que basarse en la solidaridad, la justicia y la tolerancia. De algún modo u otro, las sociedades se han orientado hacia la búsqueda de un “bien común”. Sin embargo, esto no significa que todas las sociedades adopten los valores de la misma manera o que no haya cambiado su contenido a lo largo de la historia. Ya hemos visto, por ejemplo, cómo ha variado la idea de igualdad entre seres humanos. Cada sociedad, según su propio tiempo y espacio, según sus costumbres, tradiciones y creencias, concibe los valores de una manera específica. El hecho de que la igualdad no sea la misma actualmente que en el sistema político de la antigua Grecia no le niega su carácter universal, sólo indica que los valores son relativos al tiempo y el espacio en el que se dan. Además, también se puede observar la forma en que algunos valores han surgido como creación específica de una época. Tal sería el caso de la tolerancia en la época moderna.

La universalidad de los valores responde al hecho de que es posible que todas las comunidades los busquen y acepten, mientras que su relatividad se debe a que en la práctica ellos se dan con modalidades distintas. Lo importante es comprender que la universalidad y la relatividad histórica de los valores son dos rasgos simultáneos. Los valores son universales y cambiantes o relativos porque la *universalidad* no implica *uniformidad*, sino precisamente conlleva unidad de lo diverso, y la diferencia entre las distintas sociedades no implica una ajena o inconexión entre una y otra. Lo que une a las diferentes sociedades es el hecho básico de que buscan valores y que por esta búsqueda unas pueden aprender de otras.



Nelson Mandela y Martin Luther King han liberado a su pueblo luchando por valores universales.

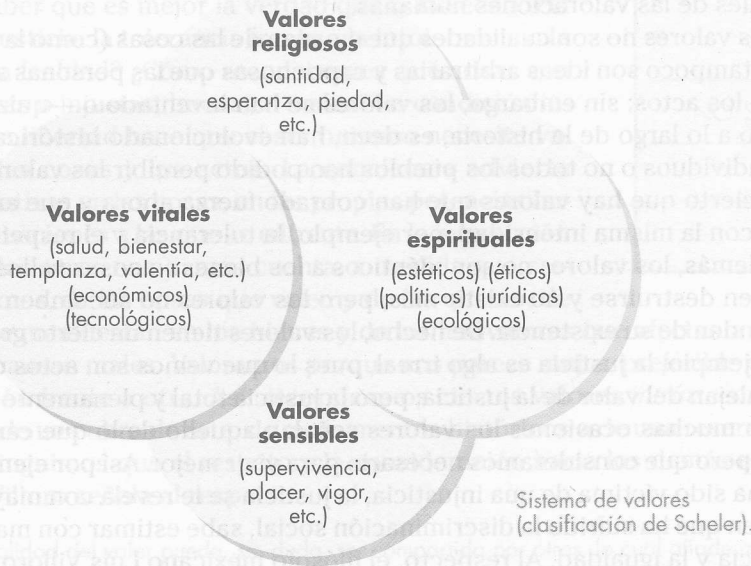
## Idealidad y realidad de los valores

Los valores se proponen como ideales por alcanzar y, en este sentido, son *irreales*. No describen sólo lo que los seres humanos desean o prefieren de hecho, sino lo que cualquier ser humano debe apreciar y esforzarse por realizar. La idealidad de los valores consiste en que éstos indican lo “deseable”, lo “preferible”, es decir, muestran un deber-ser. Es posible que nunca veamos un acto totalmente justo o una persona que sea completamente autónoma y, no obstante, comprendemos el valor de la justicia o de la autonomía. No obstante, al mismo tiempo que son ideales, los valores señalan un deber de realización. De nada serviría aprehender un valor si no es posible realizarlo de algún modo. Por ello, las personas tenemos que llevarlos a la práctica mediante un esfuerzo cotidiano. La realidad de los valores es obra de la lucha porque en la experiencia, en nuestras actividades y relaciones sociales, nos encontramos con valores y antivalores. En la vida diaria enfrentamos egoísmo, injusticia, desigualdad o violencia. En nosotros mismos es posible descubrir estos antivalores: no siempre ayudamos a quien lo necesita, a veces creemos tener más derechos que los demás, nos gusta que nuestros caprichos se cumplan porque de ese modo nos sentimos importantes. Los antivalores se dan en la realidad, porque —como hemos dicho— so-

<sup>2</sup> Así, la justicia no es un valor objetivo porque todo el mundo reconozca que vale, y mucho menos porque todos sean justos, sino porque es posible que toda persona civilizada reconozca el imperativo de actuar justamente.

mos seres contradictorios que luchamos por adquirir una libertad responsable, por construirnos un *ethos* propio y darle forma humanizada a nuestra vida.

Para hacer reales los valores, requerimos una *educación* y una *sensibilidad* desarrollada que nos capacite para estar “despiertos” ante ellos, así como ante nuestras potencias humanas e individuales. No es suficiente con leer sobre los valores, ni tampoco admirarlos en otras personas. Conviene estar *dispuestos* a practicarlos, a hacer experiencia de la libertad, a vivir realizando aquello que sabemos que *vale* porque es preferible para todos, así como a exigir que los demás actúen conforme a valores que sean racionales y universales. Asimismo, es indispensable estar dispuestos a percibir cuándo un acto, nuestro o de los otros, es justo o injusto, solidario o egoísta, tolerante o intolerante, valiente o cobarde, liberador o esclavizante. Tal educación puede provenir de algunos maestros o de los padres, pero sobre todo tiene que venir de nosotros mismos, del ejercicio de la reflexión y el autoconocimiento. Finalmente, somos nosotros quienes nos educamos en valores.



## 2.2.2 Objetividad y subjetividad de los valores

La ética ha discutido sobre dos problemas esenciales en torno a los valores: su objetividad y subjetividad, y su universalidad y cambio histórico.

Al menos existen dos posiciones teóricas sobre la objetividad de los valores. 1. El *objetivismo* sostiene que el valor es algo absolutamente independiente de las cosas, y que las cosas valiosas lo son porque participan de un valor. Para Max Scheler, por ejemplo, los valores son objetivos y universales, y constituyen el fundamento de la estimación o de la desaprobación que producen en nosotros. Así, la *justicia*, la *belleza* o la *santidad* serían entidades en sí mismas separadas de los bienes que valoramos como justos, bellos o sagrados. 2. El *subjetivismo* niega la existencia independiente de los valores y afirma que éstos son relativos a los afectos de los seres humanos; es decir, que las cosas que deseamos son las que consideramos valiosas. Para Alexius von Meinong, por ejemplo, el valorar es un fenómeno subjetivo y el valor depende del agrado o desagrado, mientras que para Christian von Ehrenfels, el fundamento del valor es el deseo, y no el agrado, puesto que observaba que también son valiosas las cosas inexistentes (como la belleza perfecta). Para los existencialistas, como Jean-Paul Sartre, los valores son creaciones propias de los individuos, puesto que cada situación vivida es irrepetible e intransferible.

**TABLA 2 RELACIÓN VALORES-BIENES-VIRTUDES**

VALORES	BIENES	VIRTUDES	PERSONA VIRTUOSA
Verdad	conocimiento, obra científica o filosófica	búsqueda del saber, duda metódica, actitud antidogmática	genio filosófico o científico
Belleza	obra de arte	genio artístico	artista
Santidad	espiritualidad personal	fe, esperanza, caridad	santo
Justicia	comunidad justa, ley justa	acto de justicia, sentido de equidad	legislador o político justo
Bien ético	norma o principio moral	prudencia o sabiduría moral, sentido del deber moral	persona ética

### 2.2.3 La jerarquía de valores

*Jerarquizar* significa establecer un orden de importancia o de prioridad. Todos los valores éticos básicos de los que hemos hablado son igualmente importantes, pero las sociedades y las culturas los han interpretado y comprendido de distinta manera, por lo que las escalas o jerarquías de valores no son siempre coincidentes. A menudo se producen controversias o conflictos sociales sobre la jerarquía o interpretación misma de los valores. Por ejemplo, es posible suponer que todas las personas reconocerían que la autonomía individual es un valor principal, pero no todas estarían de acuerdo en colocarlo por encima de la igualdad o la justicia. Por ello, no podemos establecer una jerarquía absoluta e inmutable de valores; sin embargo, sí es posible afirmar que ninguno de ellos debe predominar a costa de los demás. El bien consiste en satisfacer la mayor cantidad de ámbitos de valores en el mayor grado posible, y siempre que se prefiera un valor sobre su antivalor.

La jerarquización clásica de los valores es la que propuso Scheler,<sup>6</sup> quien los delimitó en un orden de mayor a menor valor y con su correspondiente antivalor:

- a) *valores de lo sagrado* (sagrado-profano).
- b) *valores vitales* (noble-vulgar, excelente-bajo) relacionados con el sentimiento de felicidad y vitalidad, y sus valores de referencia en distintos ámbitos como bienestar-malestar, valentía-cobardía, que corresponden a los sentimientos englobados en la alegría y la tristeza, la salud y el vigor, y la enfermedad y el desánimo.
- c) *valores espirituales* como los estéticos (bello-feo), cognoscitivos (verdad-falsedad), jurídico-políticos (justo-injusto).
- d) *valores sensibles* (agradable-desagradable), que corresponden a los sentimientos de placer y de dolor, y a las pulsiones básicas de la supervivencia. También se ubican en este nivel los valores de lo útil-inútil y lo eficiente-ineficiente.

Según Scheler, los valores de la santidad son más elevados que los espirituales; los espirituales son superiores a los valores vitales, y éstos, a su vez, a los valores de lo agradable. Una acción es moralmente buena si realiza un valor positivo o superior (de acuerdo con la jerarquía); pero si realiza un valor negativo o inferior en lugar de uno superior o positivo, el acto es moralmente malo. Por ejemplo, el bienestar es un va-

<sup>6</sup> Para Scheler, cada una de las esferas del valor posee un tipo de persona virtuosa: el santo, el genio, el artista, el héroe, "el artista de la buena vida", etcétera.

lor superior al valor de lo útil o agradable, pero lo útil es superior (por ser positivo) con respecto al malestar (porque es un antivalor). Sin embargo, no debemos tomar este aspecto de la teoría de Scheler como *absolutamente cierta*, pues las circunstancias vitales nos enseñan que todos los ámbitos de valores son igualmente básicos y que, a veces, puede ser extremadamente difícil decidir cuál de ellos debe ser prioritario.

Ahora bien, el valor ético de las acciones no se deriva de forma mecánica de la elección de un valor superior, sino de la plena conformidad entre la voluntad y el obrar de cada persona, es decir, de la congruencia entre la intuición del valor y el acto, partiendo de la capacidad para captar el sentido de los valores positivos y superiores. Además, las personas no son sujetos aislados, sino que están en correlación con un mundo propio, conformado por la interacción con otras personas. La jerarquización de los valores cobra sentido en ese mundo intersubjetivo, en una comunidad capaz de reconocerlos y practicarlos.

Así, los valores nos orientan en todos los ámbitos de la acción y, por ello, el vivir éticamente implica que realicemos diversas modalidades de valores y que reflexionemos constantemente para jerarquizarlos de acuerdo con las circunstancias y los fines que nos proponemos. Resultan igualmente importantes el bienestar, la libertad, la justicia, la autonomía, la verdad o la belleza; la vida ética demanda que seamos capaces de realizarlos de manera sistémica y armónica, sin que demos prioridad sólo a uno de ellos destruyendo nuestra capacidad para realizar los demás valores. Por ejemplo, si nos proponemos hacer ciencia el valor que se ubica en primer lugar de importancia debe ser la búsqueda de la verdad, y no la utilidad o la belleza de las teorías que formulemos; pero tampoco podríamos actuar de tal modo que sólo nos importe la verdad científica por encima de todo, si para ello recurrimos a métodos que dañen a otras personas o seres vivos, es decir, que provoquen malestar y sufrimiento en otros: ¿es moralmente válido causar daño a seres vivos en aras de la verdad científica? Aquí es posible advertir que los valores pueden chocar en ocasiones: en este caso, el valor de la verdad contra el valor de procurar el bienestar. De este modo, la única manera de saber qué valores tienen prioridad sobre otros en una situación concreta es reflexionar y deliberar.

No obstante, es posible saber que si un valor predomina y elimina a otros valores, probablemente se producirá un mal. En nuestra época, por ejemplo, suelen predominar los valores vitales de la utilidad pragmática, el lucro económico y el disfrute inmediato de bienes materiales por encima de otros valores (vitales, espirituales, morales, etc.), por lo que hemos perdido socialmente la sensibilidad para apreciar valores estéticos (en las obras de arte y en la naturaleza) o los valores de lo sagrado y lo profano. Lo que resulta negativo de esta situación tan común ahora es, pues, que una comunidad no posea la sensibilidad para distinguir entre las diferentes esferas del valor, y que, como consecuencia, se va haciendo incapaz de deliberar y reflexionar adecuadamente sobre su jerarquía en cada caso en concreto.

Por otra parte, hay una clara jerarquía entre los valores y sus contrarios: los antivalores. Max Scheler precisó que la polaridad es propiedad de los valores: a cada valor corresponde su contrario, siempre los percibimos simultáneamente. Queremos la justicia en oposición a la injusticia; la igualdad se contrapone al trato desigual y a la discriminación; la paz se da en oposición a la guerra y lo mismo ocurre con el resto de los valores. Esta polaridad expresa nuestro carácter libre e indeterminado: tenemos opciones, podemos elegir un valor o un antivalor. Pero por esto mismo es necesario preferir: distinguir lo que vale más de lo que vale menos y esforzarnos por conquistar lo que resulta benéfico para todos. A lo largo de la historia se ha atestiguado la presencia de la guerra, la injusticia, la intolerancia, el dominio, etc. Sin embargo, la actitud ética consiste en la lucha o esfuerzo por dar realidad a los auténticos valores, ya que ellos son, evidentemente, siempre superiores a los antivalores.

ción y colaboración. Para la comprensión ética de nuestro tiempo no cabe una estructura familiar basada en el autoritarismo y la dominación, ni del hombre sobre la mujer (o viceversa), ni de los padres sobre los hijos. No pueden seguirse admitiendo las viejas formas de dominación familiar, de separación y exclusión entre mayores y menores, poderosos y débiles, y de una absoluta obediencia de los hijos hacia los padres.

Lo cual no significa que desaparezca la "autoridad" de los padres y que éstos no dicten reglas de comportamiento a los hijos. En la familia éticamente estructurada debe persistir un principio de autoridad, pero sin llegar al autoritarismo o la dictadura. La autoridad debe conservarse debido a que los padres tienen la responsabilidad de formar a los niños y jóvenes, pues poseen mayor experiencia vital. Pero debe ser una "autoridad racional", que pueda explicar las reglas y no las imponga sin más, de forma arbitraria, con violencia y dominación. Desde el punto de vista ético, no cabe tampoco que los padres evadan su responsabilidad de adultos y pretendan comportarse como unos amigos más de los hijos. La amistad debe tener cabida en estas relaciones, pero sin dejar de lado el ejercicio de la autoridad de quien tiene ya un camino recorrido y tiene la obligación de encauzar el recorrido de los que vienen después. Los padres deben ser una guía y no tan solo interlocutores confiados y cariñosos.

## Ámbito social

### La escuela

La escuela, por su parte, es el ámbito en que experimentamos desde la infancia las diferencias entre personas. Los miembros de una familia guardan un estilo de vida que resulta precisamente "familiar" o próximo; además, está garantizado un mínimo de aceptación y reconocimiento entre sus integrantes. Por lo contrario, en la escuela nos encontramos con personas con otras costumbres y creencias, con otros estilos de vida y la aceptación de unos por otros no está garantizada. Tenemos que aprender a conocer y reconocer las diferencias, tenemos que construir el vínculo con los demás y conquistar su amistad.

Por supuesto, en la escuela deben privar todos los valores de los que hemos hablado y, en particular, el respeto recíproco y la tolerancia. También debe existir la autoridad racional, pues los maestros y directores, por el hecho de tener más conocimientos y experiencia, son responsables de guiar a niños y jóvenes, pero sin recurrir al uso arbitrario e irracional de la autoridad.

Uno de los valores más importantes que puede transmitir la escuela es el de la libertad de pensamiento, que es inseparable del ejercicio de la autonomía. Esta libertad se alcanza mediante la búsqueda del conocimiento y la verdad. El saber hace libres a los seres humanos y los capacita para ejercer una reflexión más consciente y adecuada de su realidad.

### El trabajo y el ocio

La dimensión ética del ámbito laboral reside en lo que los griegos llamaron el "bien hacer". Solamente hacemos algo de manera plena cuando se hace bien. El bien no es un mero añadido, sino que es parte del hacer mismo. Hacer mal algo es, en realidad, deshacerlo, no lograr lo propio de ese algo.

El trabajo se diversifica en diferentes *profesiones*, y el profesional es aquel que sabe hacer su trabajo y que actúa conforme a los valores y responsabilidades de su profesión. Para ello es preciso estudiar y capacitarse en el dominio del campo al que nos dedicamos, ya sea teórico o práctico, y perfeccionar las habilidades y destrezas adecuadas. Es preciso realizar el trabajo con concentración, entrega, cuidado, inteligencia, cumplimiento y sacrificio (si es necesario). Estas condiciones son las que nos